

había reunido el doctor Lastres, y elogió su rigor científico, pero luego se ocupó de la intención que lo inspiraba: «El doctor Lastres, al escribir este libro, ha tenido la intención de servir a las ciencias. Y las ha servido muy bien, aportando al conocimiento de los demás un número considerable de hechos poco conocidos o del todo ignorados... Y a la sombra de esta noble intención ha querido encender un fanal nuevo a la gloria autóctona de su patria. Desde siempre he propugnado yo esta actitud como la legítima de los sudamericanos; mi adhesión, ahora, no puede, pues, sonar a nada nuevo.

»Pero, ¿para qué mezclar este gesto con las reticencias de una crítica acerba a la obra colonizadora de España?»

Y aquí, dio a continuación, con toda claridad, lo que puede ser una síntesis de su posición sobre algo que había hecho tanto daño a las relaciones entre americanos y españoles.

«Le puedo decir que su visión de la gesta ibérica en América está deformada; porque la ha realizado a través de un cristal político, y lo político, que es siempre un accidente, no es buena lente para examinar las cosas eternas. El español de la conquista fue duro porque siempre es duro el que es fuerte... Fue, sí, España violenta porque tuvo que crear un imperio y todos los imperios que existen, menos los de las almas, se han creado así. Yo soy de los que, en cada caso, preferiría el amor a un imperio. Pero la historia no la han hecho, ni la harán nunca, más que los hombres duros.

»Mas junto a esa violencia inespecífica de España, ¡cuánta comprensión, cuánta misericordia, cuánto romanticismo, cuánta ausencia de egoísmo nacional en su descomunal epopeya del Nuevo Mundo! Al gesto ronco del conquistador, seguía, como eco, la dulce palabra evangélica y la voz grave de los maestros de Salamanca, creadores de la Universidad de San Marcos...

»La misma pluma de Lastres se rebela generosamente ante el prejuicio político; y deja el texto sombrío sembrado de las huellas luminosas de los regidores y de los virreyes, de los frailes y de los médicos españoles, que si entendieron la justicia con el mismo rigor, hoy incomprensible, de los demás pueblos de su época, supieron entender el amor a los demás hombres con un providente sentido de la civilización que se adelantó, en siglos, a la de los demás pueblos civilizados.

»En verdad, en verdad, la dureza de los conquistadores y colonizadores no fue española, sino exponente universal de su época. Lo que representa a España en el Perú colonial, tan sugestivamente evocado en este libro, es la obra equitativa, científica, humanista y cristiana de aquel claro varón castellano que se llamó don Francisco de Toledo.»

No fue ésta la única vez en que sintió necesidad de tratar el tema en cuestión, pero el texto que hemos dado es tan elocuente que basta para reflejar, en esta aproximación al ideario americanista de Marañón, lo que pensó sobre él.

6. América, Europa, España

El papel histórico de América, como se vio antes, había sido completar el mundo, según la visión universalista desde la que Marañón contempló esa fase decisiva del

desarrollo de la Humanidad. Estaba escrito, pues, que ese destino era unitivo, no disociador. En un texto de 1950, del que ya ha sido citado otro fragmento, vio así la significación futura de ese completarse de la tierra habitada: «El suceso ha quedado inscrito en la historia de España; pero España era el brazo de todo el mundo civilizado; e incluso del mismo mundo que se iba a descubrir, el cual necesitaba la transfusión del alma europea para convertirse, quizá, muy luego, en un pueblo rector del mundo de mañana».¹⁹

Es decir, el lugar quizá preeminente que América, como nuevo protagonista de la historia, tendría que ocupar, reconocerá siempre su condición de continuador de valores esenciales procedentes de Europa, renovados, actualizados, enriquecidos, pero siempre tributarios de la transfusión que un día se hizo del alma europea. De esta concepción, que se construye en el pensamiento de Marañón muy tempranamente, según revelan textos que coinciden con sus primeras experiencias americanas, se seguían consecuencias de enorme interés para enriquecer con nuevas aportaciones esa idea de América que se elaboró con el concurso de tantos españoles como aquí se han nombrado. Una de ellas es la de los imperativos de la armonía entre América y Europa.

En 1939, en un artículo titulado «Reflexiones sobre la raza y su fiesta», publicado en el diario *Estampa*, de Buenos Aires, escribió don Gregorio Marañón en tiempos en que ya se cernían sobre Europa los peligros inminentes de la gran catástrofe: «Europa tiene que vivir en una armonía generosa con América. Esta necesidad existía ya, puede afirmarse, desde antes de que fuera una realidad, desde antes del descubrimiento. Ahora, al cabo de los siglos, cuando América no es un presentimiento, ni siquiera un continente virgen, sino una reunión de naciones llenas de personalidad y algunas de enorme poderío, aquella necesidad es de categoría vital. Mas para América, la necesidad es, tiene que ser, equivalente. América tiene la misma imperativa necesidad de engranar su vida con la vida europea; y con especial intimidad y calor en los pueblos que tienen un alma común.

»Oficialmente existe esa comunidad. En la práctica, no. La culpa ha sido bilateral. Durante muchos decenios el europeo ha tenido un concepto no despectivo, pero sí minorativo de América. Sólo los hombres de ciencia —los geólogos, los geógrafos, los etnólogos, los naturalistas— la han valorado en su exacta magnitud. Mas, a su vez, el americano ha oscilado, salvo excepciones que reconozco, entre una admiración excesiva hacia la vida europea cuando ésta es brillante, y un gesto desdeñoso cuando, como ahora, Europa parece resquebrajarse...»

Es un texto éste muy interesante porque, como se ve, la relación entre América y Europa, está trazada con tonos imperativos.

Hay también una alusión muy intencionada a la constancia clarividente exhibida por los hombres de ciencia, que parece señalar acusadoramente a las veleidades de la política. Finalmente, las palabras «intimidad» y «calor», que animan con soplo de vida a la armonía considerada necesaria, se reservan para «los pueblos que tienen un alma común». Es decir, para los que hablan el mismo idioma y les vincula de manera especial

¹⁹ *Ibíd.*, nota 9.

por encima de la distancia que pone el Océano. El idioma es el alma de los pueblos.

Lo había dicho explícitamente aquel mismo año, también en Buenos Aires, desde las páginas de *La Nación*, en las que dejó dichas muchas cosas esenciales de su pensamiento: «América es lo que es, y cumplirá su gran destino y ascenderá sobre los demás pueblos, con las alas del castellano; que es su alma y no su herramienta».

Dio ocasión a este artículo un estúpido comentario dejado caer por un francés que pronunció una conferencia en la que lamentó que aquellos pueblos americanos no tuvieran la lengua gala por la propia. Por eso Marañón tituló su artículo «La inútil impertinencia» y salió al paso de la ofensa con energía y sólidas razones.

«El idioma —advirtió— es como el núcleo recóndito e impoluto del alma colectiva; lo que un pueblo tiene de inaccesible y de eterno, de puro, de inempañable por el hálito de la envidia, de la injusticia o de la adversidad.»²⁰

Se siente en sus palabras el temblor, él siempre tan sereno, que produjo en su alma el atentado del desgraciado impertinente. Al hablar de la lengua enlazaba claramente con don Miguel de Unamuno, al que tanto quiso y al que supo interpretar como pocas personas lo han hecho. El Rector salmantino, admirable ejemplo de lo que puede ser un español vasco, dijo esto en un ensayo sobre la literatura hispanoamericana: «Se piensa con palabras, y todo aquel que piense desde niño en español, pensará a la española, créalo o no, sépalo o no lo sepa, y aunque no corra ni una sola gota de sangre española en sus venas. La lengua es la sangre del espíritu social, y así como la sangre es como el ambiente interior del cuerpo, así la lengua es el ambiente interior del espíritu colectivo, el vehículo de su nutrición ideal».²¹

¿No es cierta la identidad con Marañón, hasta en la invocación de símiles fisiológicos?

El espíritu europeo, lo que en él hay de valores permanentes, se deberá prolongar, pensaba Marañón, en América y deberá tener allí vida enriquecida y «América... cumplirá su gran destino... con las alas del castellano».

Quien esté habituado a la lectura de los escritos de Marañón, sabe que él se refería normalmente a Hispanoamérica como «América», como si estuviera en su amado siglo XVIII. Es ésta una observación que quizá debiera haber hecho previamente.

Para Marañón América está, como realidad histórica y existente en el mundo del espíritu y de la cultura, vinculada irreversiblemente a España, no sólo por el hecho del descubrimiento, sino especialmente porque aquella transfusión del alma europea de que ya hablé, se hizo por la acción prolongada en siglos de una colonización de signo hispánico. Había algo de creación, de génesis, en la instalación del «Nuevo Mundo» dentro del cuadro de las realidades históricas y esto se hizo dentro de un espacio político que era España trasvasada a la otra orilla.

En una ocasión, Marañón reflejó ésto muy plásticamente con una bella imagen en la que evocaba al Papa Borja, Alejandro VI, volviéndose hacia el océano sin límites y

²⁰ O. C., IV, p. 509.

²¹ M. de Unamuno, Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana. A propósito de un libro peruano, *Espasa, Madrid*, 1968; p. 89.

sin historia, y trazando sobre sus ondas «con un gesto que recuerda al del Dios creador, una raya fabulosa, que era la frontera de España».²²

Por eso se refirió a América para significar la América secular, incorporada a la Historia Universal, con más propiedad que los que reservan ese nombre para lo que en el norte fue realidad política, como distanciamiento, no como unión, de Europa, un día de finales del siglo XVIII.

Pero también Marañón evitó siempre caer en un «hispanismo espúreo», como él llamó al que no tenía generosidad universal. Tanto gesto extraordinario como va unido a lo que es y significa América no podía, para él, encontrar expresión en concepciones pequeñas, o nacionalistas o lastradas por políticas que necesariamente reducirían hasta la desnaturalización lo que es verdadero americanismo.

Lo dijo en una ocasión solemne y hablando nada menos que desde el Cuzco, la capital del Incario, al ser investido doctor *honoris causa* por la Facultad de Ciencias de aquella Universidad, el 27 de septiembre de 1939. Se dirigía a los propios hispanoamericanos y refiriéndose a hechos históricos que les caían muy cerca: «Deseamos que vuestro americanismo —les dijo— que ha de ser cada día mayor, cada día más nutrido de su propia conciencia, contemple el espectáculo de la gesta heroica de los españoles con ese mismo espíritu universal que todo lo explica...»

América había nacido por unos impulsos en los que se reconocen fuerzas profundas cargadas de sentido universal, y por eso Marañón, con convicción muy firme, quiso siempre que lo que hubo de contenido universalista en la vinculación, por instrumento hispánico, entre Europa y América, perdurase como exigencia para el progreso de la civilización. Su pensamiento sobre América, con ser tan exaltador de lo hispánico, es uno de los que, desde la propia España, ha subrayado con particular énfasis esa proyección de gran alcance, de visión elevada, que debe de saber lograr cuanto se pretenda, sobre todo en el campo de la cultura y de la ciencia, como acción en las relaciones entre Europa y América y, por tanto, la particular responsabilidad de España en la orientación que dé a cuanto haga en América.

Esta simple aproximación al pensamiento tan fecundo del gran español que fue Gregorio Marañón, creemos que así lo evidencia. Sólo resta decir que aquí sólo hay un muestrario de lo mucho que escribió sobre estos temas.

Fernando Murillo Rubiera

²² «La frontera en el mar», ABC, Madrid, 12-III-1950. O. C., IV, 812.